

Historia 15 — En la Cena de la Pascua

Los hijos de Israel comieron la primera cena de Pascua en el momento de su liberación de la esclavitud en Egipto.

Dios había prometido ponerlos en libertad. Les había dicho que el hijo primogénito de cada familia de los egipcios sería muerto.

Les había dicho que marcaran los postes de sus puertas con la sangre del cordero sacrificado, para que el ángel de la muerte pasara por alto sus casas.

El cordero mismo debían asarlo y comerlo de noche, con pan sin levadura y con hierbas amargas, que representaban la amargura de su esclavitud.

Cuando comían el cordero, debían estar listos para un viaje. Debían tener sus sandalias en los pies y sus bastones en las manos.

Hicieron como el Señor había dicho, y aquella misma noche el rey de Egipto les envió un mensaje de que podían ir en libertad. Por la mañana emprendieron su camino hacia la tierra prometida.

Así pues, cada año, en la misma noche en que salieron de Egipto, todos los israelitas celebraban la fiesta de la Pascua en Jerusalén. En esta fiesta, cada familia tenía un cordero asado, con pan y hierbas amargas, como lo habían hecho sus antepasados en Egipto. Y contaban a sus hijos la historia de la bondad de Dios al liberar a su pueblo de la esclavitud.

Había llegado ahora el tiempo en que Cristo debía celebrar la fiesta con sus discípulos, y dijo a Pedro y a Juan que buscaran un lugar y prepararan la cena de la Pascua.

Mucha gente venía a Jerusalén en esta época, y los que vivían en la ciudad estaban siempre dispuestos a dar una habitación de sus casas para que los visitantes celebraran la fiesta.

El Salvador dijo a Pedro y a Juan que cuando entraran en la calle, se encontrarían con un hombre que llevaba un cántaro de agua. Debían seguirle y entrar en la casa a donde él fuera. Y debían decir al buen hombre de esa casa:

«El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento, donde he de comer la Pascua con mis discípulos?»

Este hombre les mostraría entonces un amplio aposento alto, amueblado para sus necesidades; allí debían preparar la cena de la Pascua. Y todo sucedió tal como el Salvador les había dicho que sucedería.

En la cena de la Pascua, los discípulos estaban solos con Jesús. El tiempo que pasaban con Él en estas fiestas había sido siempre un tiempo de gozo; pero ahora Él estaba turbado en su espíritu.

Por fin les dijo con tonos de entrañable tristeza:

«He deseado con ansia comer esta Pascua con vosotros antes de que padezca».

Había vino dulce sobre la mesa, y tomó una copa, «y habiendo dado gracias, dijo:

“Tomad esto y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga”» (Lucas 22:11, 15, 17, 18).

Esta fue la última vez que Cristo celebró la fiesta con sus discípulos. Fue realmente la última Pascua que se celebraría jamás. Porque el cordero era sacrificado para enseñar al pueblo acerca de la muerte de Cristo; y cuando Cristo, el Cordero de Dios, fuera sacrificado por los pecados del mundo, ya no habría necesidad de sacrificar un cordero para representar su muerte.

Cuando los judíos sellaron su rechazo de Cristo al darle muerte, rechazaron todo lo que daba a esta fiesta su valor y su significado. De ahí en adelante, su observancia por ellos fue una forma vacía.

Mientras Cristo participaba en el servicio pascual, tenía ante su mente la escena de su último gran sacrificio. Estaba ahora a la sombra de la cruz, y el dolor atormentaba su corazón. Conocía toda la angustia que le esperaba.

Conocía la ingratitud y la crueldad que le mostrarían aquellos a quienes había venido a salvar. Pero no pensaba en su propio sufrimiento. Se compadecía de aquellos que rechazarían a su Salvador y perderían la vida eterna.

Y el pensamiento de sus discípulos ocupaba el primer lugar en su mente. Sabía que después de que su propio sufrimiento terminara, ellos serían dejados para luchar en el mundo.

Tenía mucho que decirles que sería un sostén para sus corazones cuando Él ya no caminara más con ellos. De estas cosas había esperado hablar en esta, su última reunión antes de su muerte.

Pero no podía decírselas ahora. Veía que no estaban listos para escuchar.

Había habido una contienda entre ellos. Todavía pensaban que Cristo pronto sería hecho rey, y cada uno de ellos quería el lugar más alto en su reino. Así que tenían sentimientos celosos y airados unos hacia otros.

Había otra causa de problema. En una fiesta, era la costumbre que un siervo lavara los pies de los invitados, y en esta ocasión se había hecho preparación para el servicio. El cántaro de agua, la palangana y la toalla estaban allí, listos para el lavamiento de los pies. Pero no había ningún siervo presente, y era parte de los discípulos realizarlo.

Pero cada uno de los discípulos pensaba que no sería siervo de sus hermanos. No estaba dispuesto a lavarles los pies. Así que, en silencio, habían ocupado sus lugares en la mesa.

Jesús esperó un poco para ver qué harían. Entonces Él mismo se levantó de la mesa. Se ciñó con la toalla, echó agua en la palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos. Estaba apenado por su contienda, pero no los reprendió con palabras duras. Mostró su amor actuando como siervo de sus propios discípulos. Cuando terminó, les dijo:

«Si yo, pues, vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13:14, 15).

De esta manera Cristo les enseñó que debían ayudarse unos a otros. En lugar de buscar el lugar más alto para sí mismo, cada uno debía estar dispuesto a servir a sus hermanos.

El Salvador vino al mundo para trabajar por otros. Vivió para ayudar y salvar a los necesitados y pecadores. Quiere que hagamos como Él hizo.

Los discípulos se avergonzaron ahora de sus celos y de su egoísmo. Sus corazones se llenaron de amor por su Señor y los unos por los otros. Ahora sí podían prestar atención a la enseñanza de Cristo.

Mientras estaban aún en la mesa, Jesús tomó pan, y dio gracias, y lo partió, y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.

“Asimismo tomó también la copa, después de la cena, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”» (Lucas 22:19, 20).

La Biblia dice: «Todas las veces que comáis este pan, y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga» (1 Corintios 11:26).

El pan y el vino representan el cuerpo y la sangre de Cristo. Así como el pan fue partido y el vino derramado, así en la cruz el cuerpo de Cristo fue quebrantado y su sangre derramada para salvarnos.

Al comer el pan y beber el vino, mostramos que creemos esto. Mostramos que nos arrepentimos de nuestros pecados y que recibimos a Cristo como nuestro Salvador.

Mientras los discípulos estaban sentados a la mesa con Jesús, vieron que Él todavía parecía muy turbado. Una nube se posó sobre todos ellos, y comieron en silencio.

Por fin Jesús habló y dijo: «De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se entristecieron y se asombraron ante estas palabras. Cada uno comenzó a mirar dentro de su corazón para ver si había alguna sombra de mal pensamiento contra su Maestro.

Uno tras otro preguntaron: «¿Soy yo, Señor?».

Solo Judas permaneció en silencio. Esto atrajo las miradas de todos hacia él. Cuando vio que era observado, él también preguntó: «¿Soy yo, Maestro?».

Y Jesús respondió solemnemente: «Tú lo has dicho» (Mateo 26:21, 22, 25).

Jesús había lavado los pies de Judas, pero esto no le había hecho amar más al Salvador. Estaba enojado de que Cristo hiciera un trabajo de siervo. Ahora sabía que Cristo no sería hecho rey, y estaba más decidido a entregarle.

Cuando vio que su propósito era conocido, ni siquiera esto le hizo temer. Con enojo salió rápidamente de la habitación y se fue a llevar a cabo su perverso plan. La partida de Judas fue un alivio para todos los presentes. El rostro del Salvador se iluminó, y con esto la sombra se levantó de los discípulos.

Cristo habló ahora por un tiempo con sus discípulos. Iba a la casa de su Padre, dijo, para prepararles un lugar, y volvería para llevarlos consigo.

Prometió enviar al Espíritu Santo para que fuera su maestro y consolador mientras Él estuviera ausente. Les dijo que oraran en su nombre, y sus oraciones serían ciertamente contestadas.

Luego oró por ellos, pidiendo que fueran guardados del mal y que se amaran unos a otros como Él los había amado.

Jesús oró por nosotros también, así como por los primeros discípulos. Dijo: «Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste, ... y los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17:20-23).